

Conclusión

Uno podría fácilmente suponer que la anterior reflexión sobre los temas culturales de la civilización Occidental, igual que mucho de lo que se hace pasar por erudición moderna, está dicho con la intención de servir como una acusación en contra de nuestro patrimonio cultural. Podría parecer que está planeado para provocar serias dudas con respecto a la superioridad de la cultura Occidental y, por lo tanto, debiese juntarse a la lista de producciones eruditas diseñadas para promover una actitud menos chauvinista e incitar a un punto de vista que simpatice más con el *multiculturalismo*. Sin embargo, tal malentendido debe ser firmemente desechado. No ha sido mi intención estimular la visión de que debido a que el tenor de los análisis precedentes han sonado con una nota crítica ya por eso la cultura Occidental no sea menos que la más grande cultura que la historia hasta aquí haya conocido. La herencia del Oeste no es una que podamos desacreditar o contradecir fácilmente. Sin embargo, mientras es cierto que podemos atesorar nuestro pasado con afecto y con gratitud, podríamos estudiarlo con un ojo no crítico de sus defectos y, más seriamente, de su absorción de ideales y valores que han llenado de problemas su curso de desarrollo y que le han dirigido a su presente estado de declinación *espiritual*.

Efectivamente, en el tiempo presente, uno escucha el estruendo de los ataques que llegan de parte de aquellos cuyo objetivo particular es tirar a la basura la herencia cultural de Occidente. A algunos, sin duda, les gustaría mostrar todas las cosas relativas a Occidente desde una perspectiva negativa. Esta antipatía se ha encontrado con una gran aprobación por parte de aquellos en las universidades que han sido alentados a pensar con respecto a Occidente como una cultura de opresión por parte del hombre blanco. Tal opinión de auto-justificación se ha incrustado en las mentes de nuestras élites culturales. Sin embargo, a pesar de esto, uno no debiese tomar la perspectiva de que toda crítica de la historia Occidental se deriva del mismo malicioso intento de socavar sus logros, o de sustituir en lugar suyo un relativismo cultural basado en la noción de que ninguna cultura es intrínsecamente o históricamente más avanzada, mejor, o de ser deseada más que cualquier otra. Este no ha sido en ninguna manera nuestro propósito. Sin embargo, sostenemos que es imposible llegar a la raíz del pesimismo de hoy y del relativismo cultural a menos que reconozcamos que la cultura Occidental a producido en su mismo interior las semillas de su propia destrucción. Si fallásemos en ver esto quedamos aptos para engañarnos a nosotros mismos en cuanto a la verdad de nuestra herencia cultural y, por lo

tanto, no estaremos en una posición de ofrecer un remedio al deplorable estado al cual nuestra civilización ha llegado al fin del segundo milenio.

Desde una perspectiva Cristiana todas y cada uno de los esfuerzos del hombre, incluido al hombre de Occidente, deben estar sujetos a un cuidadoso escrutinio basado en que lo que no se deriva de la cultura misma, en realidad, no se deriva del hombre en ningún sentido.¹ Es decir, la perspectiva Cristiana acerca del todo de la vida y los esfuerzos humanos debe últimamente descansar en lo que puede ser descrito como el punto de vista Divino, en otras palabras, ¡sobre la *Revelación!* Las palabras de Emil Brunner en este respecto son aquí muy apropiadas: “De acuerdo a la fe Cristiana el significado de la vida no se encuentra *en* el hombre – tampoco en su naturaleza racional ni en su obra racional o cultural – sino que viene a él como un don divino, como el Logos, el cual es la Palabra revelada, y como aquella Palabra que es el

Dios que se auto-revela”² ¡Ciertamente! El Cristiano no debiese aceptar que el hombre es o pueda ser otra cosa de lo que Dios dice que él es o puede llegar a ser. Esto es igualmente cierto con respecto a cualquier cosa que el hombre hace. “El Dios auto-revelante” le ha dicho al hombre en Su “Palabra revelada” que el hombre fue hecho a la imagen de Dios y que le fue dado el don de la vida por parte de Dios. Lo que es más el hombre debiese usar su vida en el servicio a Dios cultivando aquellos talentos y habilidades con las cuales Dios le ha dotado produciendo de ese modo cultura y civilización. Dios, en la perspectiva Cristiana, es el autor original de la cultura. En primer lugar Él la dio al hombre como un don, y luego se la requirió como una misión que debía ser completada. Más importante, Dios la dio al hombre en administración (mayordomía, DHT), como una responsabilidad que es confiada, para ser ejercida solamente en servicio a Él y a su Reino. Lejos de haber inventado la cultura o haberla concebido por su propio esfuerzo el hombre fue creado por Dios para actuar como un agente cultural, y de esta manera laborar para llevar a cabo la voluntad de Dios al cumplir su llamado y responsabilidad de realizar cultura. En su misma naturaleza el hombre es una criatura cultural. Es un hecho ineludible. Es más, el hombre ha sido esto desde el principio del mundo.³ El hombre solo puede verdaderamente actuar en esta

1. Para una más plena y sistemática explicación de la *perspectiva Cristiana* que tengo en mente le pediría al lector que consulte mis otros dos libros: *The Burden of God*, (Minneapolis: Contra Mundum Books, 1993), pp. 1-25; y, *On Stone or Sand*, (Carson, ND, Pleroma Press, 1993), Parte I. Estoy conciente que esto no es del todo imparcial de mi parte, pero me temo que requeriría no solamente repetir tediosamente lo que yo mismo he dicho sino que también sobrecargaría la presente obra innecesariamente.

2. Emil Brunner, *Cristianismo y Civilización*, (New York: Charles Scribner's Sons, 1948) Vol. I, p. 71.

capacidad al darse cuenta de que su significado como hombre es posible solamente por el reconocimiento consciente de que yace enraizado en Dios y no en sí mismo. Así pues, cuando iniciamos el estudio de los esfuerzos culturales del hombre se requiere que los evaluemos a la luz del propósito y la verdad de Dios. Esto es especialmente verdad con respecto a la civilización Occidental por las siguientes razones.

-
3. Claro, esta verdad es negada por los modernos hombres humanistas quienes dan su aprobación al modelo evolucionista al explicar los orígenes del hombre. Para ellos el hombre se derivó originalmente de un animal y vivió por un largo período como un primitivo habitante de cavernas con poca o ninguna cultura de la cual hablar. Fue solamente gradualmente que el hombre, usualmente por circunstancias apremiantes externas, aprendió varias formas culturales de actuar. El hombre adquirió los hábitos de cultura a partir de su necesidad de adaptarse a su medio ambiente, el cual, debido a que era severo e indiferente a toda la vida, incluida la vida del hombre, le capacitó para superar su existencia animal y elevarse a un nivel más *humano* de existencia. Así que, la cultura humana no es nada más que la habilidad hace mucho tiempo adquirida de satisfacer las exigencias del frío y difícil ambiente de este planeta. La cultura, y su concurrente civilización, es enteramente un producto de la urgencia animal del hombre de sobrevivir y prosperar contra las crueldades naturales de su existencia fortuita.

Primero, la cultura Occidental es la más intelectualmente auto-consciente de todas las culturas del mundo. El hombre Occidental ha buscado, más que ningún otro, desarrollar su cultura como producto de un análisis racional que también ha involucrado el esfuerzo de reflexionar filosóficamente en *el Ser* como un agente de análisis. En otras palabras, el hombre Occidental no solamente busca actuar en el mundo y conocer ese mundo alrededor de él a instancias de la razón, sino que también busca, al mismo tiempo, fundamentar todas las cosas en sí mismo como la fuente racional de la verdad y el conocimiento. El hombre Occidental cree firmemente que el descubrimiento del conocimiento yace en la base de la cultura, y que el auto-descubrimiento yace en la base del conocimiento. La cultura no es un accidente de la naturaleza o producto de la casualidad, no viene como si hubiese caído completa del cielo. Más bien es el resultado de un esfuerzo deliberado y consciente por parte del hombre por aplicar su razón a la investigación de las formas de operar del mundo natural y de sí mismo como una criatura que trabaja para alcanzar metas. En el Occidente el hombre se ha tornado supremamente consciente de sí mismo como un ser que no solamente tiene la capacidad de vivir una existencia civilizada, sino también de tener dentro de sí mismo un *poder* para concebir tal existencia y, de este modo, planear o deliberar intelectualmente sobre ello adelantándose a su formación. Por medio de este poder *interno* el hombre está en una posición de transformar

el ámbito *externo* de existencia de tal manera, y a tal grado, hasta el punto de mejorarse a sí mismo y mejorar también las condiciones de su vida. Por medio del uso de su razón el hombre puede tomar el control de su mundo y dirigirlo en dirección de cualesquiera sean las metas que él se imagine o desee. El hombre no necesita vivir una existencia primitiva y salvaje, lanzado de allá para acá por un medio ambiente hostil o, al menos, indiferente.

Segundo, debido a que el Cristianismo fue en sí mismo una parte integral de la cultura Occidental, hay una íntima conexión entre la fe Cristiana y la cultura del hombre Occidental. Tal vínculo es más que solamente accidental, o meramente externo en carácter. La cultura Occidental fue moldeada por una potente fuerza religiosa que fue Cristiana. Ciertamente no fue Musulmana o Hindú, y fue la única religión en el Occidente capaz de reemplazar a gran escala las centurias de devoción pagana a un vasto conjunto de divinidades y poderes supersticiosos. Por decir lo mínimo el Occidente fue formado por el impacto de la iglesia que institucionalizó el programa ético de la fe Cristiana. Los hombres fueron enseñados generalmente a pensar acerca de sí mismos y su mundo no solamente como seres creados por Dios sino también como sujetos a la obligación de someterse a Dios y a Su voluntad en sus conductas completas. Ciertamente esto fue verdad formalmente hablando. Aunque los hombres no fueron siempre obedientes

no hubieron muchos, por lo menos a lo largo de la Edad Media, que buscaran cuestionar su validez general. Y si los hombres no siempre se sometieron a Dios, entonces dieron la apariencia de hacerlo al someterse a la iglesia como el instrumento presumiblemente escogido por Dios para mandar y controlar. El punto es que el Cristianismo lejos de ser un apéndice de la cultura Occidental, fue uno de sus principales instrumentos moldeadores. Desarrolló una influencia civilizadora al fomentar una conducta de menos egoísmo y llena de caridad entre los hombres, provocando así un respeto más grande por la justicia y la misericordia, y estimulando una responsabilidad que teme a Dios en todos los aspectos de la vida y de la sociedad. La fe Cristiana, a pesar del lado negativo que en este punto hemos enfatizado, promovió una activa participación en el mundo como la arena apropiada de la actividad humana, el cual no debía ser despreciado como algo *anti-espiritual*. Los hombres gradualmente llegaron a darse cuenta que, además de ser un *pensador*, Dios también creó al hombre para ser un *hacedor*, uno que debía asumir todas las formas de la actividad humana legítima como un servicio a Dios y como un bien al hombre. Esto inspiró al hombre a la iniciativa cultural y la civilización Occidental apenas hubiese logrado mucho de lo que ha alcanzado sin este motivo Cristiano actuando en el hombre, sea que él creyese o no en la fe Cristiana.

Finalmente, el hombre Occidental tiene una más altamente desarrollada conciencia histórica. La cultura, como dijimos, como aparece como un producto ya hecho; tiene que ser formada y moldeada, y el hombre se encuentra especialmente equipado para cumplir ese propósito. Esta es una obra que no puede ser completada en una sola generación, o aún en un centenar de generaciones. Ninguna generación puede comenzar, o hacer su contribución, sin primero absorber la obra de aquellos que la han precedido. En otras palabras ninguna generación puede simplemente comenzar por el principio sino que cada una debe comenzar con los recursos capitalizados por los padres, los abuelos y los bisabuelos. La comprensión de esta simple verdad produce un tipo único de actitud con respecto a la vida, uno que ha sido descrito usando el término *conciencia histórica*. A menudo se piensa de la historia como el pasado. Pero tal idea es simplista e ingenua. La Historia no es simplemente algún pasado o algo que pertenezca al pasado. Más bien la historia es el registro de aquellas cosas en el pasado que han tenido un impacto peculiar en la formación de una herencia cultural. Algo es histórico si ha servido para hacer avanzar o impedir las obras del hombre que se empeña en hacer realidad, a través de sus acciones, la permanencia cultural. Eventos y personas pueden actuar como agentes históricos solamente cuando puede verse de que lo que ellos hacen en alguna manera afecta las “reservas acumuladas” totales. El hombre Occidental no sola-

mente ha producido una herencia cultural espectacular, sino que él lo ha hecho al edificar auto-conscientemente sobre los hechos y palabras de las generaciones previas. De esta forma él ha sido el productor de una perspectiva en la cual el hombre está profundamente consciente que su trabajo no es sino el esfuerzo constante de aquellos en el pasado que le han provisto con los recursos para extenderse un poco más hacia el futuro y depositar así un legado para las generaciones que vendrán. El hombre Occidental está moldeado por la necesidad de transmitir el pasado al futuro como parte de una agenda educacional planeada para servir a los intereses de una vida más elevada para el bien de la humanidad, quien es más que un animal dirigido por las urgencias materiales e inmediatas sino que posee la naturaleza espiritual de una criatura hecha para darse cuenta de su propósito como ser cultural.

Estos tres hechos deben tener una implicación inevitable sobre el estudio de la historia y la cultura Occidental. Puesto que esto es así no podemos evadir la pregunta, “¿Cómo se manifiestan estos hechos a la luz de un *genuino* análisis Cristiano?” Si el hombre obtiene su definición como criatura cultural a partir de Dios, luego también recibe su estándar de actividad cultural de parte de Dios. La cultura posee un inevitable carácter y motivación religioso-moral. El apremio del hombre hacia la actividad cultural y hacia el objetivo y el propósito⁴ se derivan de una fe profundamente asentada, y brota a partir de

un deseo *espiritual* de actuar en imitación a su Creador a cuya imagen ha sido creado. “Dondequiera que el espíritu se expresa a sí mismo”, comenta Brunner, “allí hay vida civilizada; pero qué tipo de espíritu crea esa civilización o cultura es otra cuestión. La cultura es una expresión del espíritu, una formación del impulso espiritual...” Pero como Brunner continua diciendo – y esto es una puntualización crucial – “... este impulso espiritual se puede originar desde las más diversas fuentes...”⁵ En esto él quiere decir enfáticamente que se puede derivar de diferentes motivos religiosos. En otras palabras, el hombre puede actuar en una manera en que sirva a Dios, o puede actuar en una manera desafiante. La cultura del hombre necesariamente seguirá la dirección de su fe.

Aunque el hombre fue creado con una naturaleza innata cultural, que le destina a actuar en el mundo siguiendo el ejemplo de su Creador, en la perspectiva Bíblica es claro que el hombre no ha querido hacer esto a partir de un deseo auto-consciente de complacer a Dios al conformarse a Sus justos preceptos. Por lo menos eso fue verdad a partir del momento de la rebelión del hombre en el Jardín de Edén. Desde ese tiempo hasta el presente el hombre ha deseado solamente complacerse a sí mismo. Es decir, ha

dado expresión a sí mismo – ha desarrollado su físico, su área mental, sus áreas artísticas y otras habilidades creativas – no a partir de motivos que buscan glorificar a Dios, sino a partir de motivos puramente auto-idolátricos. El hombre ha sustituido a Dios por el hombre como el impulso espiritual central para la actividad cultural. Al estudiante Cristiano de la cultura se le requiere necesariamente que reconozca que este cambio en la dirección del motivo de la cultura del hombre es debido al pecado y no debe descuidarse de tomar esto en consideración cuando busca reflexionar en el producto cultural que es el resultado del pensamiento y la acción del hombre. Sin embargo, lejos de privar al hombre de su impulso cultural el Cristiano reconocerá que todos los ideales culturales y valoraciones del hombre deben brotar de una influencia apóstata que luego controla su incentivo para producir cultura y, a su vez, dirige la meta última de la cultura. Esto ha sido no menos cierto de la cultura Occidental, a pesar de la presencia del Cristianismo en su formación y progresión, que de cualquier otra de las culturas del mundo. Así que, ¿qué motivo ha estado en operación a lo largo de mucho de la cultura Occidental? ¿Qué impulso *religioso* puede ser visto en el fondo de su formación y desarrollo? ¿Y qué impacto ha tenido este motivo sobre la formación de la cultura Occidental especialmente en lo que se refiere a las implicaciones de los tres factores principales de la cultura Occidental?

4. La frase *objetivo y propósito* es lo que seguiremos llamando en esta conclusión *significado* (N.T.)

5. Brunner, *Cristianismo y Civilización*, Vol. II, p. 129.

Dijimos que la cultura Occidental fue la más intelectualmente auto-consciente de las culturas del mundo, que fue aquí donde el hombre se empeñó en aplicar el uso de su razón como la herramienta principal en la formación de la cultura, y que el hombre buscó fundamentar toda su labor racional en sí mismo con el propósito de profundizar la concienciación de su propio significado en el proceso. Fue necesario, a fin de que el hombre conociera el mundo alrededor de él, aplicar su razón a un cuidadoso análisis de las formas de operar del mundo natural. Esto por sí mismo no es la cuestión medular. Que el hombre fue creado con la capacidad de razonar, y que él debiese usarla para lograr las metas de hacer cultura y civilización no debiesen ser vista como la *causa* del motivo humanista que ha tenido tal fortaleza dominante sobre el hombre Occidental. No hay pocos Cristianos, especialmente, que piensan que la naturaleza racional del hombre es, en sí misma, un producto de la Caída del hombre en el pecado. A lo menos algunas veces asumen que una aplicación crítica de análisis razonado, más a menudo de lo que se piensa, es la completa antítesis de la fe, o que la tarea filosófica que ha surgido en el despertar de la reflexión razonada del hombre sobre el mundo de su existencia es un enemigo *per se* del Evangelio de la salvación en Cristo. Como resultado tienden a mirar la fe y la razón como dos compartimentos cognitivos opuestos de la mente humana que pueden ser reconciliados solamente con gran dificultad, si es que es posible. Y puesto que

la fe tiene que ver supremamente con la religión, y la razón es la herramienta de la cultura, tienden a considerar a la religión y la cultura como teniendo poca o ninguna relación la una con la otra. Pero nosotros no nos suscribimos a esa perspectiva, ni tampoco sostenemos que la prioridad de la razón en la cultura Occidental es algo que debe ser deplorado. Entendemos que el propósito de Dios para el hombre es que fue creado para que aplicara su razón al estudio del mundo y de sí mismo. Sin embargo, si queremos entender el motivo *humanista* de la cultura en Occidente estamos obligados a reconocer que el hombre ha elevado su razón al lugar de Dios. En otras palabras, la razón humana se ha vuelto un instrumento de apostasía y auto-idolatría. Y es esta aplicación del uso de su razón que el hombre Occidental ha traído consigo a la tarea de hacer cultura. Un motivo humanista predomina porque el hombre procura realizar la tarea cultural enteramente a partir de sí mismo, sin referencia a Dios, y está resuelto a creer que su razón es suficiente para consigo mismo y asir de esta manera la verdad y darle forma a la vida en términos de ella. Aquellos que se adhieren a este motivo creen que la explicación del hombre acerca del mundo a su alrededor, lo mismo que su propio lugar y propósito en él, se debe encontrar sólo en su razón; es decir, sólo sobre sí mismo, y que el hombre no necesita consultar ninguna fuente excepto a sí mismo en la búsqueda de la vida y de la cultura. Como nos hemos esforzado en señalar en nuestro estudio, una perspectiva de

este tipo ha sido la causante de distintas consecuencias culturales.

Segundo, y quizás más importante, el rol que el Cristianismo ha jugado en la formación de la cultura Occidental, en tanto ha tenido un impacto moral positivo, no se ha visto del todo libre de la contaminación de influencias humanistas. Especialmente en tres áreas este humanismo ha sido aparente: el ascetismo monástico, el jerarquismo eclesiástico y el intelectualismo escolástico que se tornó un legado de educación superior en las universidades Occidentales. El monasticismo fue una falsa piedad basada en la noción de que el aspecto material de la realidad era la *causa* de la corrupción del aspecto espiritual. En consecuencia, se pensaba que era necesario alcanzar la salvación retirándose de, y negando vehementemente, las cosas que perteneciesen al cuerpo y a los intereses materiales del hombre. Fue una perspectiva fuertemente influenciada por nociones paganas Gnósticas que teóricamente dividían la realidad en dos dimensiones antitéticas: el lado espiritual más elevado y bueno y el lado material, inferior y malvado. Es más, alentaba una falsa distinción *espiritual* entre aquellos que practican un aislamiento de la vida en el monasterio y todos los otros que viven vidas ordinarias en el mundo. Para la mayor parte esto conllevaba una piedad desprovista de consecuencias prácticas para lo que la Escritura llama el Reino de Dios, o el total gobierno de la vida del hombre por la palabra de Dios en todas las áreas de la vida y del tra-

bajo esforzado. Luego estaba la iglesia, la que se volvió la institución principal de importancia Cristiana. Sin embargo, fue moldeada y dirigida más por ideales políticos paganos que por preceptos Bíblicos. Estaba comprometida con una agenda que buscaba traer toda la vida bajo el control y dominio de la iglesia en lugar de fomentar que toda la vida fuese vivida en obediencia a Dios. Finalmente, en el ámbito del intelecto y el aprendizaje, el Cristianismo perdió contacto con sus propias presuposiciones y adoptó conceptos teóricos Griegos e ideales de razón como si fuesen totalmente legítimos para el desarrollo de un entendimiento del hombre y su mundo. Esto llevó a la conformación de una cosmovisión alrededor de la distinción entre la fe y la razón, con los asuntos de la fe que gradualmente se redujeron a una pequeña área *religiosa* de pensamiento mientras se presumía que la razón era libre para explorar y construir el mundo de la experiencia del hombre con poca o ninguna consideración de la revelación de Dios. En estas formas, el Cristianismo presentó un punto de vista sumamente comprometido.⁶ En la alborada del Iluminismo, en el emerger de la ciencia moderna, el Cristianismo fue atacado como una superstición pintoresca y echado a un lado de todos los intereses y preocupaciones de los hombres. El humanismo había

6. En el sentido negativo del término significa que buscó acuerdos allí donde no era posible ninguno (Nota del Traductor).

ganado el control del pensamiento del hombre en el mundo moderno.

Por último, podemos recordarnos a nosotros mismos las consecuencias del humanismo para la conciencia histórica. Con el triunfo completo del humanismo en el mundo moderno se ha abierto una brecha en el ámbito de la ética. Pues con el rechazo del Cristianismo el hombre ha ido en busca de un punto de vista moral alternativo. Lo ha buscado en el Romanticismo que ha colocado todos los énfasis sobre la desestimación de la capacidad histórica. Se ha hecho un gran esfuerzo por encontrar unidad y significado en el *yo* subjetivo del hombre en el mero sentimiento interno existencial. El Romanticismo denunció el rol de la razón tal y como era entendida por el Iluminismo y ha exaltado los sentimientos internos como la fuente de la verdad y del orden externo. Más particularmente rechazó el estándar de Dios de la conducta ética por una forma de *libertad* hecha aparecer como por arte de magia desde las profundidades de la psicología humana. Al mismo tiempo buscaba dar forma a un nuevo ideal de hombre, uno que le liberaría de la percibida opresión de normas y estructuras heredadas, llamándole a sublevarse contra el pasado a favor de un nuevo ideal social totalitario. Tal punto de vista humanista ha visto sus consecuencias en el levantamiento del estado moderno como un poder absoluto sobre toda la vida y la labor humana.

Dadas las señas de estos desarrollos, ¿cómo debiésemos nosotros, como Cristianos, mirar a los ideales que han hecho tanto para moldear la cultura Occidental? Si tal impulso, fuerte y humanista ha estado operando motivando a la cultura Occidental, ¿debemos simplemente tomar la opinión de que la cultura *per se* es irredimible? ¿Qué perspectiva podemos ofrecer que nos capacitaría para colocar la cultura una vez más sobre un fundamento apropiadamente centrado en Dios? Estas cuestiones, lejos de ser académicas, son de vital importancia en nuestro día dado el existente estado de crisis en el centro moral y religioso de Occidente. Si vamos a poner un alto al deslizamiento hacia la decadencia que por todas partes está en evidencia debemos ofrecer más que las piedadades usuales sobre la necesidad de recobrar una tradición perdida, una especie de pasado dorado, como si nuestro pasado por sí solo fuera suficiente para ofrecer respuestas para el caos moral de nuestros tiempos. Necesitamos, en lugar de eso, un entendimiento Bíblicamente más consciente del hombre como un agente cultural, y de lo que es la base de una cultura justa en oposición a una que es injusta. Nuestra meta, entonces, no debiese ser descartar la tarea cultural, sino establecer la actividad cultural una vez más en su marco correcto que busca la glorificación de Dios.

Esta obra no es ciertamente el lugar para entrar en una discusión de este tipo sino en una forma más bien apenas superficial. Mi intención ha sido mayormente la de concen-

trarme en los aspectos humanistas de la cultura Occidental, con el propósito de que podamos obtener una imagen más clara en nuestras mentes del motivo religioso que ha hecho tanto para moldear nuestra herencia. Sin embargo, siendo justos, ofreceremos, por vía de un breve sumario, una descripción de lo que una perspectiva Cristiana debiese significar e implicar para el hombre como un ser cultural. Haremos esto al presentar la visión Cristiana del hombre como tal, una que concuerde con la idea Bíblica y que sea por lo tanto libre de las influencias humanistas, antiguas o modernas. No es impreciso aseverar que esta perspectiva Cristiana apenas ha sido entendida, mucho menos declarada, por aquellos que aseguran ser Cristianos, sea ahora o en el pasado. Entonces, no debiésemos sorprendernos de que halla fracasado en hacer mucho impacto en la formación de la cultura Occidental. Ya sea que pueda hacer volver al hombre Occidental, en su presente condición, del borde del abismo es una pregunta que no podemos contestar. Pero si puede o no puede no debiese ser nuestra principal preocupación. Más bien, estamos obligados a promover la causa del Cristianismo genuino, pues es la única respuesta que puede y debe ser dada a un mundo cuyos esfuerzos culturales son en vano si no están fundamentados en la verdad.

En su sagaz obra, y ahora muy descuidada, *El Concepto Calvinista de la Cultura*, el filósofo Cristiano Reformado y estudiante

de la cultura, Henry R. Van Til, ha escrito: “El hombre... vive en relación pactal para con el Creador... Como tal, es moralmente responsable por sus acciones y obligado a poner por obra sus responsabilidades para buscar el bien; también es racionalmente capaz de comprender el significado de la vida y responsable de funcionar en la esfera de la verdad; es una criatura cultural, uno que es capaz y llamado para re-crear, a re-producir, para formar artísticamente y para moldear la creación a su voluntad, responsable de funcionar en el ámbito del poder... para tener dominio sobre la tierra”⁷ Un número de señalamientos de esta declaración requieren comentario.

Para comenzar, debiésemos tomar nota especial de la frase “relación pactal para con el Creador”. Al definir al hombre como hecho a la imagen de Dios la perspectiva Cristiana debe explicar que esta definición no solamente implica algo acerca de la naturaleza del hombre, sino que también implica algo que determina la dirección de su vida. El hombre no fue hecho solamente como Dios, o similar a Dios; él fue hecho para vivir de acuerdo a un propósito dirigido por Dios. El hombre permanece relacionado con Dios en una forma especial, descrita como “pactal”. Significa que el hombre existe para el propósito de servir a su Creador, es decir, de actuar

7. Henry R. Van Til, *El Concepto Calvinista de la Cultura*, (Philadelphia: The Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1959) p. 30.

en el mundo en favor de Él. El ser hecho a la imagen de Dios automáticamente incluye este propósito. El hombre no es hecho a la imagen de Dios y luego se le da la opción de vivir su vida *para* Dios o no según como él quisiese. La naturaleza de su ser ineludiblemente conlleva esta responsabilidad. Negar esto es negar que el hombre es hecho a la imagen de Dios.

Se deriva de esto que el hombre, aunque viva en el mundo y comparta la realidad material de todas las cosas que hay en él, no vive como determinado *por* el mundo o por cualquier cosa *en* el mundo. Fue diseñado para vivir solamente en relación con Dios, el Creador. Claro, él haría esto en el mundo, pero no como si el mundo le proveyera su significado y propósito. Este es meramente su arena de actividad. La agenda de su vida no puede venir de sí mismo o su mundo. Esto además envuelve la noción de que el hombre no puede descubrir su propósito o significado por otra vía sino consultando con el Dios que le hizo. Tampoco puede él alcanzar su propósito al buscarlo separado de Dios. En todas sus actividades el hombre no es solamente dependiente de Dios quien dirige su vida, sino que el hombre debe conscientemente buscar esa dirección al volverse a Dios y obedeciendo Sus mandamientos. En la “relación pactal” Dios establece la agenda, pero el hombre también busca conocer la agenda y conformarse con ella en cada área de la vida. Hay, entonces, una “tarea específica” u obligación colocada sobre el hombre

de traer toda área de su vida y pensamiento en conformidad con este propósito determinado por Dios.

Así que, ser creado a la imagen de Dios significa mucho más que solamente existir en una cierta forma, también significa actuar o conducirse en concordancia con un propósito estipulado. Esto implica que el hombre es “moralmente responsable por sus acciones”. Pero, ¿moralmente responsable a quién? Ciertamente no para con el hombre, pues el hombre al no ser la fuente de su propio ser, no puede ser la fuente de su propia moralidad. Puesto que deriva su naturaleza moral de Dios como parte de la imagen de Dios en él, así obtiene también de Dios los principios de conducta moral. Entonces, él es responsable por lo que Dios le ha dicho. En otras palabras, ¿su conducta moral depende de la *revelación!* En la perspectiva Cristiana la Biblia es en sí misma el registro de esa revelación. Por lo tanto, el hombre ha de ser gobernado en su pensamiento y en su actuar por la Escritura. Esto es cierto con respecto a todo lo que el hombre hace, incluido su esfuerzo en la cultura. La Biblia no es solamente un libro de recursos para su alma, o de cómo alcanzar el cielo, sino que la Biblia está también interesada por su vida; y está interesada con el *todo* de la vida del hombre, su cultura lo mismo que su persona, la sociedad lo mismo que con el individuo. Hacer caso omiso o negar este hecho es tratar el orden de la creación de Dios con desdén. Y pretender que el hombre puede ocuparse en la tarea cultural aparte de la fe que gobierna

su actividad, o de que puede ejercer una fe que no tenga consecuencias para la cultura, se encuentra totalmente en desacuerdo con la naturaleza “pactal” de la relación entre Dios y el hombre. Por lo tanto, evocar ideas de significado y propósito, o embarcarse en metas civilizacionales o culturales sin referencia a la Escritura, o en contradicción a la Escritura, es algo del todo inapropiado por lo menos en lo que a la Escritura concierne. Por lo tanto, el Cristiano debe ver a este asunto de forma diferente.

La responsabilidad moral del hombre implica más que solo la necesidad de hacer lo que Dios dice en el área de la vida personal. También requiere que el hombre actúe en conformidad con el propósito de Dios para él en todo lo que hace para mejorar y edificar la vida. El hombre es una criatura “obligada a la labor”, uno que debe funcionar especialmente en tres áreas si es que va a cumplir su propósito como hombre. Primero, está “obligado a la labor de buscar el bien”. Sin embargo, no sabiendo lo que es el bien, por causa del pecado, debe consultar con la palabra de Dios. Debe averiguar *a partir de* Dios lo que es realmente bueno. No puede imaginarse que tiene la capacidad de ver o declarar lo que es bueno simplemente por examinar su propia experiencia o la experiencia general de la raza. Debe comenzar por aceptar la visión Bíblica de que el hombre no tiene ningún bien en sí mismo, o en cualquier cosa que haga, a menos y hasta que lo conforme con la definición de Dios

sobre el bien. Así, por ejemplo, no puede asumir que ciertas disposiciones sociales, o ciertas formas de pensar, sean buenas si ignoran o eliminan la consideración del estándar de Dios que evalúa tales cosas como meras transacciones entre los hombres o si estimulan a los hombres a entender su mundo y a sí mismo en maneras que minan la autoridad de Dios y Su verdad. Es más, el hombre no puede construir una visión del universo material que reduzca a Dios ya sea a un mero observador de eventos o que le expulse completamente de ser tomado en cuenta. Cualesquiera que sean los intentos por promover un ideal de vida y propósito meramente desde el punto de vista de la experiencia sensata del hombre y de su percepción se encuentra necesariamente destinado a deformar su entendimiento. El hombre debe buscar lo que es bueno en términos de Dios y oponerse a todos los ideales y valoraciones centradas en el hombre.

Segundo, el hombre está “obligado a la labor de funcionar en el ámbito de la verdad”. El hombre no es un mero animal con apetitos y deseos. Está hecho para aprender acerca del mundo en el cual vive, para entenderlo con su mente, y de conocerse a sí mismo como responsable para con Dios por lo que conoce. Está “obligado a la labor” de aplicar su razón al estudio de su existencia terrenal total. No puede desatender su intelecto, pues es el medio principal por el cual desarrolla su naturaleza como hombre. Pero, una vez más, la verdad debe, primero que

todo, ser dicha al hombre quien, por causa del pecado, ha perdido todo contacto con la verdad. El hombre no puede simplemente imaginarse que las cosas sean verdad. Por ejemplo, no puede decir que el mundo es auto-existente o eterno en su naturaleza, como los pensadores Griegos hicieron. Tampoco puede aseverar que el mundo llegó a existir por sí mismo sin que Dios lo haya creado. Por lo tanto, no puede suponer que la vida, especialmente la vida del hombre, sea el producto de la suerte o la casualidad, y que se le deja al hombre la opción de hacer con esa vida lo que le plazca, haya o no haya Dios. Debe pensar acerca de sí mismo y de su mundo que son producto de la acción de Dios, y debe explicarse a sí mismo y a todas las cosas como existiendo para cumplir el propósito decretado por Dios. Es más, debe estudiar su mundo para conocerlo en su unidad completa y no artificialmente dividido en falsas categorías como forma y materia, o pensamiento y extensión. No puede luego asumir que su razón puede conocer solamente lo que es forma o extensión y de que sea incapaz de conocer cualquier otra cosa que no pueda ser tocada o vista. Así pues, no puede reducir la religión a una categoría de su pensamiento y hacer a la ciencia una autoridad independiente. El hombre es, en todo su pensamiento, una criatura "pactal", una cuyo pensamiento sobre cualquier tópico es religioso de principio a fin. Pues Dios no ocupa solamente los intereses de la fe del hombre mientras que su razón es dejada libre para llegar a conclusiones con respecto a

todo lo demás. Aunque el hombre pueda descubrir las leyes que gobiernan las operaciones de la naturaleza, no puede asumir la opinión de que tales leyes sean independientes de Dios y de Su propósito. Si Dios no es el hecho central en la búsqueda del hombre por la verdad, entonces esa búsqueda se encuentra en el sendero equivocado desde el principio, y el hombre se encuentra destinado a distorsionar la verdad.

Finalmente, el hombre está "obligado a la labor de funcionar en el ámbito del poder". El conocimiento de la verdad, o del bien, necesarios para el propósito del hombre, no pueden hacer nada por sí mismos. A menos que el hombre sea "facultado" para actuar en términos de ese conocimiento, no pueden hacerle ningún bien y tampoco puede alcanzar resultados en absoluto. Así que, el poder es fundamental. El hombre debe ser capaz de cumplir su propósito como hombre, y ese propósito es "tener dominio sobre la tierra". Sin el poder para alcanzar esa meta el hombre sería solamente otra criatura biológica viviente, no diferente de los animales. Pero así como su Creador le ha dotado con la capacidad de buscar y encontrar tanto la verdad como el bien, así también ha dotado al hombre con el poder para hacer producir lo que la verdad y el bien demandan. Entonces, le es dada la habilidad "de moldear la creación a su voluntad". Y, lo que es más, está "obligado a la labor" de hacerlo así. El no producir cultura y civilización no es una opción. El hombre no fue solamente

constituido como una criatura productora de cultura, sino que se le encargó la obligación de conformar su vida a este propósito ordenado por Dios. Así que, se encuentra en la naturaleza y responsabilidad “pactal” del hombre el buscar edificar la cultura, explorar el mundo en el que vive, explicarlo, mejorarlo; resumiendo, ejercer poder sobre ese mundo a favor de sí mismo, pero especialmente a favor de Dios.

Así que el poder es de fundamental importancia para la vida del hombre. Es lo que le establece por encima del mundo en el que vive. Pero, así como la verdad y la bondad el suplemento del poder para que ambas lleguen a la realización, así también el hombre debe ejercitar el poder en concordancia con la verdad y la bondad. Pues así como el hombre fue facultado “para moldear la creación según su voluntad”, sin embargo su voluntad debe estar en sujeción a Dios y al orden de la creación de Dios. En otras palabras, el hombre no puede suponer que su voluntad es libre para moldear o dar forma a su antojo o imaginación, pues el hombre no es el Creador, sino que a lo sumo él puede solamente “re-crear”, o “re-producir” lo que Dios ya había hecho. Se esperaba que el hombre usara su poder para “pensar los pensamientos de Dios” al aprender a conocer las obras de Dios de acuerdo con la suprema voluntad de Dios. Es aquí donde nos aproximamos al núcleo del asunto y a sus consecuencias tanto para la cultura como para el análisis cultural.

“El apremio por lo cultural, la voluntad de regir y de tener poder son elementos increados”⁸ Podríamos decir que el hombre tiene un “impulso” natural, innato, para ejercer poder. Es básico a su naturaleza como hombre buscar sacar provecho de este poder dado por Dios por el bien de producir cultura y civilización. Sin embargo, no se debe olvidar que el hombre ha caído en la oscuridad del pecado. Una perversión religiosa y moral de su naturaleza ha venido ahora a tener control de todo lo que él es y hace, incluyendo el “apremio por lo cultural”. De este modo el hombre no pierde el dinámico impulso de su naturaleza, pero este se torna un instrumento de su rebelión en contra de Dios. Todavía busca el cumplimiento de la agenda cultural, pero ahora ya no en términos de Dios, o a favor de Dios. En lugar de desarrollar su poder, es decir, sus talentos y habilidades, a partir de un amor por Dios y Su propósito, busca más bien conformar su naturaleza y su mundo solamente a partir del motivo del auto-amor, el egoísmo. Este cambio religioso de dirección tendrá innegables consecuencias para su propia perspectiva de la cultura. Interpretará los descubrimientos del mundo natural, junto con su propio lugar en él, totalmente en términos que le convienen. En lugar de apegarse a la interpretación de Dios de su vida y actividad tal y como es revelada en la palabra de Dios, el hombre

8. Van Til, *El Concepto Calvinista de la Cultura*, p. 34.

prefiere seguir los consejos de su naturaleza rebelde. Él podría pensar que está siguiendo simplemente los dictados de la razón, pero está meramente usando sus poderes de razonamiento para evocar un mundo de significado a partir de motivos auto-justificantes – motivos basados en un cambio de dirección religiosa.

Basado en la creación al hombre le fue dado el poder para realizar cultura. Pero, como Brunner señaló, el hombre puede ejercer ese poder bajo la orientación de una vasta gama de diferentes impulsos *espirituales*. Él puede buscar y actuar sobre la base de diferentes, aún opuestos, motivos *religiosos*. En realidad el Cristiano, quien estudia la historia de las empresas culturales del hombre, innegablemente reconocerá que un motivo religioso *humanista*, opuesto a un motivo religioso *piadoso*,⁹ ha jugado un rol prominente en la formación de la cultura humana. Esto es cierto también de la cultura Occidental, aún cuando el Cristianismo influyó el desarrollo de Occidente. Al mirar hacia atrás a dos milenios de cultura Occidental es posible concluir que el impulso humano de tener y poseer poder, es decir, el apremio interno por formar cultura, ha dado forma a un producto cultural que lleva más distintivamente sello del hombre, el quebrantador del pacto, que del hombre guardador del pacto. Y es igualmente aparente que esa

cultura se encuentra, como resultado, en un serio estado de crisis moral y espiritual. Si la cultura Occidental va a continuar o no hacia el próximo milenio dependerá mucho de que el hombre se vuelva el agente cultural que Dios originalmente deseó que fuera. Esto, a su vez, dependerá de que el Cristianismo se vuelva una fuerza para la cultura en una manera en que no lo ha sido hasta ahora.

9. Es decir, que se conforma con la revelación de Dios (N. del T.)